

## EL TEMBLOR DEL CORAZÓN DEL PADRE

*La Lectio Divina de la parábola del Padre misericordioso*

*Lc 15,11-32*

FR. MARCO ANTONIO GUDIÑO, OFM.

<sup>11</sup>Y dijo: Cierta hombre tenía dos hijos; <sup>12</sup>y el menor de ellos le dijo al padre: “Padre, dame la parte de la herencia que me corresponde”. Y él les repartió sus bienes. <sup>13</sup>No muchos días después, el hijo menor, juntándolo todo, partió a un país lejano, y allí malgastó su hacienda viviendo perdidamente.

<sup>14</sup>Cuando lo había gastado todo, vino una gran hambre en aquel país, y comenzó a pasar necesidad. <sup>15</sup>Entonces fue y se acercó a uno de los ciudadanos de aquel país, y él lo mandó a sus campos a apacentar cerdos.

<sup>16</sup>Y deseaba llenarse el estómago de las bellotas que comían los cerdos, pero nadie le daba.

<sup>17</sup>Entonces, volviendo en sí, decía: “¡Cuántos de los trabajadores de mi padre tienen pan de sobra, pero yo aquí perezco de hambre!”. <sup>18</sup>“Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y ante ti; <sup>19</sup>ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; hazme como uno de tus trabajadores”.

<sup>20</sup>Y levantándose, fue a su padre. Y cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y sintió compasión por él, y corrió, se echó sobre su cuello y lo besó. <sup>21</sup>Y el hijo le dijo: “Padre, he pecado contra el cielo y ante ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo”. <sup>22</sup>Pero el padre dijo a sus siervos: “Pronto; traigan la mejor ropa y vístanlo, y pongan un anillo en su mano y sandalias en los pies; <sup>23</sup>y traigan el becerro engordado, mátenlo, y comamos y regocijémonos; <sup>24</sup>porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado”. Y comenzaron a regocijarse.

<sup>25</sup>Y su hijo mayor estaba en el campo, y cuando vino y se acercó a la casa, oyó música y danzas. <sup>26</sup>Y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. <sup>27</sup>Y él le dijo: “tu hermano ha venido, y tu padre ha matado el becerro engordado porque lo ha recibido sano y salvo”. <sup>28</sup>Entonces él se enojó y no quería entrar. Salió su padre y le rogaba que entrara. <sup>29</sup>Pero respondiendo él, le dijo al padre: “Mira, por tantos años te he servido y nunca he desobedecido ninguna orden tuya, y nunca me has dado

un cabrito para regocijarme con mis amigos; <sup>30</sup>pero cuando vino este hijo tuyo, que ha consumido tus bienes con ramera, mataste para él el becerro engordado”. <sup>31</sup>Y él le dijo: “Hijo, tú siempre has estado conmigo, y todo lo mío es tuyo. <sup>32</sup>Pero era necesario hacer fiesta y regocijarnos, porque éste, tu hermano, estaba muerto y ha vuelto a la vida; perdido y ha sido hallado”.

Nosotros queremos en este día conocer el rostro de este Padre, porque –como ustedes saben– no basta decir que Dios es Padre para conocerlo verdaderamente. ¿Por qué? Porque habiendo tenido nosotros una experiencia de la paternidad humana, peligramos de proyectar sobre Dios aquello que para nosotros ha sido nuestro padre. Puede darse que no hayamos tenido una experiencia feliz y buena de la paternidad, como quiera que ésta haya sido, es necesario aclarar que la paternidad de Dios es diversa de la paternidad humana. Es lo que buscamos descubrir al elegir esta parábola.

Creo que haya sido un error, que pesa aun sobre la concepción que tenemos de Dios, el haberlo invocado tantas veces como Padre teniendo en consideración la paternidad humana. Padre no como hacen todos los hombres que siempre han invocado a sus dioses como padres, sino que nosotros lo llamamos *Padre* porque Jesucristo nos ha revelado su paternidad. Todos ustedes saben que en el Antiguo Testamento se duda en llamar a Dios como Padre, y de manera superficial, algunos comentaristas nos han dicho que era debido al hecho que los hebreos tenían a un Dios que no poseía gestos de bondad y ternura como nos lo ha revelado el Nuevo Testamento. Si en el AT se resiste a llamar a Dios *Padre* es porque todos los pueblos vecinos: Mesopotamia, Egipto, Canaan llamaban a los dioses con el título de *padre*; pues la paternidad es una de las primeras experiencias que hacemos. Cada uno de nosotros nace de un padre y una madre, y llamar a Dios padre lo hacen todos los hombres, también aquellos que no eran beneficiarios de una revelación. Pero no es así entre nosotros los cristianos, si nosotros llamamos a Dios *Padre* es porque esa paternidad nos la ha descrito Jesús. Esa paternidad debería inspirar y plasmar a la paternidad humana, exactamente lo contrario de lo que se ha hecho.

Busquemos ahora entender bien esta parábola que los padres de la Iglesia, entre ellos san Basilio, llamaba el *evangelio en el evangelio*. San Basilio dice en una admonición dirigida a un joven: “¿Quieres conocer a Dios? ¿Quieres una página de la Escritura en la cual tú tengas en síntesis toda la buena nueva? Lee esta página de Lucas en la cual está la narración de la paternidad de Dios y de su amor misericordioso”.

Jesús (esto tiene que ser puesto en evidencia, remarcado) cuando pronuncia esta parábola no dejó sólo unas palabras para que sus discípulos y las multitudes que lo escuchaban recibieran una imagen de la paternidad de Dios, sino Jesús en ese momento de hecho está narrando, contando, explicando la paternidad de Dios con su actitud y comportamiento. Debemos recordar cómo inicia el capítulo 15 del evangelio de Lucas, en el cual, se encuentra nuestra parábola, pues sin el contexto, no podremos entender, ni siquiera un poco, esta parábola.

### 1. EL CONTEXTO (v. 1-3)

“<sup>1</sup>Todos los recaudadores de impuestos y los pecadores se acercaban a Jesús para oírle; <sup>2</sup>y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: Este recibe a los pecadores y come con ellos. <sup>3</sup>Entonces Él les refirió esta parábola, diciendo...”.

Con estas palabras inicia el capítulo 15. Vean cómo son importantes estos versículos iniciales. Esta parábola es una tentativa por parte de Jesús en explicar aquello que estaba haciendo, porque acogía aquellos que tenían pecados públicos, manifiestos, pecados que todos conocían, que todos veían por el oficio que estas personas tenían. Pues en este contexto que Jesús se expresa del Padre. En el evangelio de Juan el prólogo concluye con estas palabras: “Nadie ha visto jamás a Dios”. Pero Jesús nos ha hecho la exégesis: “el unigénito Dios, que está en el seno del Padre, Él lo ha dado a conocer” (Jn 1, 18). ἐξηγήσατο “lo ha dado a conocer”: Jesús nos ha hecho la exégesis, nos ha hecho la narración, nos ha dado la explicación. Pues bien, Jesús estaba explicando quién es Dios y lo explicaba con su comportamiento, pero como su comportamiento no era entendido por los hombres devotos y religiosos, entonces les dijo esta parábola.

Tratemos de entrar en este texto que es en verdad una buena noticia para nosotros. Jesús no permitía que las personas declaradas malditas, pecadoras o evitadas fueran excluidas. Los pecadores, las prostitutas, que no podían compartir la mesa con los hombres religiosos y justos, son acogidos por Jesús. Acogidos con apertura, acogidos con premura, acogidos con simpatía. Hemos apenas visto aquellas palabras fuertes y duras.

“Los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: Este recibe a los pecadores y come con ellos”. Este era el comportamiento habitual de Jesús, era el comportamiento mostrado desde el inicio de su aparición en Israel. Si lo han notado, los evangelios se abren diciendo que el primer gesto público que Jesús ha hecho fue el de ponerse en una fila de pecadores e ir hacia Juan el bautista para pedir la inmersión, el bautismo para la remisión de los pecados. Ciertamente él no tenía nada que redimirle. Este es el primer gesto cumplido por él públicamente. Si estuviésemos en otros contextos religiosos, con toda probabilidad el primer gesto del protagonista debería ser algo clamoroso, que suscite admiración. Ciertamente, nosotros con nuestra mentalidad habríamos querido que la primera cosa hecha por Jesús fuese por lo menos una predicación, una homilía. ¡No! La primera cosa que hace es ponerse en fila con los pecadores, es solidario con aquellos que van a pedir la remisión de sus pecados. ¿Qué significa? Él, que era sin pecado, se ha puesto de nuestra parte.

Vean que esta no sólo fue la elección inicial de Jesús. Ha sido la elección habitual, que contrastaba con su ser de Rabbí, con su ser profeta, según los religiosos observantes, los justos. Las personas religiosas despreciaban a Jesús: lo llamaban glotón y bebedor, amigo de publicanos y prostitutas. Esto se lee en Lucas 7, 34: “Ha venido el Hijo del Hombre, que come y bebe, y dicen: Miren, un hombre glotón y bebedor de vino, amigo de recaudadores de impuestos y de pecadores”. Y en 5, 29 es siempre Lucas que nos dice que Jesús muchas veces tomaba la iniciativa y andaba a buscarlos y se hospedaba con ellos: “Y Leví le ofreció un gran banquete en su casa; y había un grupo grande de recaudadores de impuestos y de otros que estaban sentados a la mesa con ellos”. Delante de estas murmuraciones Jesús está seguro del conocimiento del rostro de Dios. Noten esto: cuando Jesús se ha puesto en aquella fila de pecadores

para recibir el bautismo, el padre del cielo le ha dicho: “así eres verdaderamente mi Hijo, cuanto me haces gozar porque estás de la parte de los pecadores”. Es esto que le ha dicho: “Tu eres mi Hijo amado”. Como ven la sensibilidad de Jesús por querer acercar a los pecadores, publicanos, prostitutas, esta sensibilidad, esta pasión, se deben al conocimiento del corazón de Dios, del corazón del Padre. Pero delante de las murmuraciones, Jesús debe defenderse.

“Entonces Él les refirió esta parábola”. En realidad ha pronunciado tres parábolas. La primera es la parábola de la oveja perdida: un pastor que abandona todo el rebaño de ovejas por andar en búsqueda de una oveja perdida, y cuando la encuentra hace fiesta. ¡Atención! Notamos algo interesante: probablemente hemos escuchado en algunas predicaciones, o nosotros mismos lo hemos dicho que las noventa y nueve las puso en el aprisco, en el corral repitiendo un poco lo que dice el canto sabido por todos. ¡No! ¡No! ¡No! Eso no es verdad. En el texto griego se lee que las dejó *en el desierto*. ¡Qué profundidad! Eso no le importó, arriesgo todo por una. Así hace el Señor con cada uno de nosotros.

Posteriormente pronuncia una segunda parábola: una mujer que ha perdido una moneda, hace todo lo posible por recuperarla, barre toda la casa hasta que la encuentra. Y Jesús añade que en el cielo, es decir en Dios, existe un comportamiento igual hacia quien se ha perdido y hay grande alegría cuando alguien extraviado regresa. Finalmente enuncia la tercera parábola, “el evangelio del evangelio” que estamos tratando.

La primera parábola que Jesús ha pronunciado ponía la atención sobre el pastor: el pastor ha perdido una oveja y ha ido a encontrarla, se la pone sobre sus hombros, la lleva a casa y hace fiesta. La parábola ahí termina, está felizmente concluida. En la segunda, la mujer que ha perdido la moneda, una vez encontrada, llama a las amigas y hace fiesta. Se trata también de una parábola felizmente concluida. Pero en esta tercera parábola que apenas hemos escuchado, no existe simplemente un pastor y una oveja, una mujer y una moneda, sino un padre y dos hijos. Esta parábola no tiene una conclusión, está inconclusa. Si leemos atentamente los evangelios, nos daremos cuenta que es la única parábola en la cual no

existe una conclusión; eso lo veremos. ¿Por qué? Porque aquí no basta simplemente la acción del pastor y de la mujer, y no basta sólo acción del padre, porque el padre tiene dos hijos, los cuales son libres delante de él. Y una conclusión feliz depende del padre y estos dos hijos.

## 2. LOS PROTAGONISTAS (v. 11)

“Y dijo: cierto hombre tenía dos hijos”. He aquí los protagonistas: un padre y dos hijos. Entre estos protagonistas destaca la figura del padre. Es el padre, aquel que da unidad a las dos escenas de la parábola: la escena que tiene que ver con el hijo menor y la escena que tiene que ver con el primogénito, el hijo mayor. Curiosamente, en esta parábola no encontramos la figura materna. ¿Por qué no hay una madre? Muchos dicen que es porque entonces las mujeres contaban poco, otros dicen porque se quería centrar toda la atención en el padre. Yo creo que la falta de esta madre, esto no está expreso, no está escrito, tiene en realidad un significado, un mensaje. De hecho el texto así como se nos presenta en su construcción retórica contiene un vacío, la madre no está. Uno se interroga: ¿ha muerto? Es intrigante este silencio sobre la figura materna. Ciertamente esta falta, este silencio sobre la figura materna quiere decirnos simplemente que la vida de esta familia no era una vida familiar ideal. No sólo por la ruptura familiar que comportó la decisión del hijo menor, sino que antes llevaba una vida como la de tantas familias reales probadas por el dolor, llenas de heridas y de ausencias. Pues bien, al interno de esta vida familiar, el hijo menor, a un cierto punto de su juventud, reclama la parte de la herencia para disponer libremente.

### 2.1 *La escena del hijo menor (vv. 12-24)*

<sup>12</sup>y el menor de ellos le dijo al padre: “Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde”. Y él les repartió sus bienes. <sup>13</sup>No muchos días después, el hijo menor, juntándolo todo, partió a un país lejano, y allí malgastó su hacienda viviendo perdidamente. <sup>14</sup>Cuando lo había gastado todo, vino una gran hambre en aquel país, y comenzó a pasar necesidad. <sup>15</sup>Entonces fue y se acercó a uno de los ciudadanos de aquel país, y él lo mandó a sus campos a apacentar cerdos. <sup>16</sup>Y deseaba llenarse el estómago de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le

daba. <sup>17</sup>Entonces, volviendo en sí, dijo: “¡Cuántos de los trabajadores de mi padre tienen pan de sobra, pero yo aquí perezco de hambre! <sup>18</sup>Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: ‘Padre, he pecado contra el cielo y ante ti; <sup>19</sup>ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; hazme como uno de tus trabajadores’”.

<sup>20</sup>Y levantándose, fue a su padre. Y cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y sintió compasión por él, y corrió, se echó sobre su cuello y lo besó. <sup>21</sup>Y el hijo le dijo: “Padre, he pecado contra el cielo y ante ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo”. <sup>22</sup>Pero el padre dijo a sus siervos: “Pronto; traigan la mejor ropa y vístanlo, y pongan un anillo en su mano y sandalias en los pies; <sup>23</sup>y traigan el becerro engordado, mátenlo, y comamos y regocijémonos; <sup>24</sup>porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado”. Y comenzaron a regocijarse.

Veamos por partes dicha escena: el menor de ellos le dijo al padre: “Padre, dame la parte de la herencia que me corresponde” (v. 12). Y él les repartió sus bienes. El hijo menor va con el padre y le pide la herencia que le toca. Atención, aquello que le pide el hijo es ofensivo, porque es una petición como si el padre hubiese muerto. La herencia, como ahora, era dividida a la muerte del padre. Aún ahora el derecho provee que el padre de familia no sea obligado a dar la herencia a los hijos antes de morir. Mucho menos en aquellos tiempos en los cuales la autoridad paterna y el patrimonio familiar era algo más sagrado que hoy. La ley hebrea asignaba al primogénito una parte doble de la herencia que recibía a la muerte del padre. Si él tenía dos hijos, al segundo le tocaba una tercera parte de la herencia, pero sólo de los bienes muebles: el patrimonio de los inmuebles tocaba integralmente al primogénito: “sino que reconocerá al primogénito dándole una porción doble de todo lo que tiene, porque él es el principio de su vigor; a él pertenece el derecho de primogenitura” (Dt 21, 17). El hijo conoce la ley y pide sólo lo que le corresponde.

Este hijo menor dice a su padre: “dame la parte de la herencia que me corresponde”, es como si le dijese: “papá no puedo esperar a que tú mueras. Anticipa aquello que debe suceder y que suceda en modo irrevocable, sin que yo te deba algo”. Y el padre ante la petición del hijo, que le pide la parte de patrimonio, consiente. Pero el texto griego nos indica algo más profundo que una simple división del patrimonio. Por desgracia

la traducción española del evangelio, por razones de comprensión, no es muy fiel al texto original. Me permito señalarla: El hijo pide el patrimonio, en griego *οὐσία riqueza, bienes, posesiones*. Pero el texto dice que el padre dividió entre sus dos hijos τὸν βίον. Acusativo de βίος *vida*. Divide la vida este padre. βίος es una palabra que todos conocen porque da origen a muchas palabras españolas. Veán la importancia de esta precisión. El hijo pide la riqueza, los bienes, y el padre entre los dos hijos dividía la vida. Aquello que se ha puesto en evidencia, por consiguiente, es que el hijo rechaza la paternidad, no acepta sustancialmente que el padre esté con vida. Este joven, a un cierto punto, ha sentido la relación con su padre como una esclavitud, un límite a la propia libertad; la casa paterna en la cual vivía la ha sentido como una prisión: se necesita, es urgente irse de ahí inmediatamente, conocer la independencia y la autonomía. Se me permita decir: ¿quién no ha experimentado dentro de sí, en un cierto momento de su crecimiento, esta necesidad? ¿Quién no ha soñado en su juventud esta libertad, sobre todo cuando ya no se percibía el don, sino una imposición, una esclavitud? Como quiera que haya sido, lo reconozcamos o no, este es nuestro actuar con Dios en ocasiones. Este aspecto es parte de nuestra historia con Dios. Cada uno de nosotros piensa en sí mismo. Nosotros, la gran mayoría, hemos conocido a Dios desde pequeños, como aquel que nos ha formado en el secreto, nos ha tejido en el seno de nuestra madre, aquel que nos protegía y nos custodiaba. Pero a un cierto punto de nuestra existencia hemos sentido a Dios como una presencia que nos ponía delante de nosotros un límite. Recordemos que cada uno de nosotros no está solo, cada uno de nosotros tiene junto a sí mismo a los otros, cada uno de nosotros no puede ni *todo*, ni *rápido*. ¿Quién de nosotros no ha sentido esta pulsación en su interior: todo y rápido? Es entonces que tentados por aquello que contradice la voluntad divina, hemos percibido a Dios como un límite, hemos sentido la relación con él como una prisión, escuchar su palabra como una opresión. He ahí el pecado, y nuestra necesidad de alejamiento. En cierta manera hemos sentido la necesidad de matarlo, porque queríamos olvidarlo y hacerlo menos.

Quizá nosotros, como personas religiosas, no nos hemos alejado completamente de una relación con Dios, probablemente esa no sea nuestra situación o pecado. Pero posiblemente, poco a poco hemos deformado el rostro de Dios, y terminamos en verlo como un padre-patrón, basta

simplemente cumplir sus normas para estar en paz con él y no tener problemas. El amor de Dios no depende de mis acciones y de mi comportamiento, no está condicionado por ello. Su amor es más grande que mi pecado, pero ¿de verdad lo creemos? En esta parábola Jesús trata enseñarnos cómo es realmente el Padre.

En este momento podemos preguntarnos ¿pero acaso el padre no podía retener el hijo? ¿No sabía que se dirigía hacia caminos equivocados? Y lo que es peor, ¿por qué le ha dado su patrimonio? Esta es una de las características de nuestro Dios que Jesús quiere presentarnos: Dios ha creado a un hombre que puede negarlo, que puede contradecirlo, que puede incluso desear su muerte. Esta es la grandeza del Dios que Jesús nos presenta en esta parábola, no nos obliga a amarlo y a creer en él. Nuestro Dios no vive en rivalidad con los hombres, ha querido establecer una alianza con ellos, los cuales pueden acogerlo o rechazarlo.

“No muchos días después, el hijo menor, juntándolo todo, partió a un país lejano, y allí malgastó su herencia viviendo perdidamente” (v. 13). Y este hijo menor al abandonar la casa paterna vivió perdidamente. El adverbio *ἀσώτως* *libertinamente* no se encuentra en el NT, sólo aquí. Su significado implica sensualidad, y lo sabemos no sólo por la definición dada por el hijo mayor, sino también por otros pasajes en los cuales aparece el sustantivo *ἀσωτία* *libertinaje*, del cual deriva este adverbio (cf. Ef 5, 18; Tit 1, 6; 1Pe 4, 4). Aparte de su vida disoluta, su condición se agrava pues se encuentra entre paganos, es decir, es un país lejano como nos lo dice el texto:

“<sup>14</sup>Cuando lo había gastado todo, vino una gran hambre en aquel país, y comenzó a pasar necesidad. <sup>15</sup>Entonces fue y se acercó a uno de los ciudadanos de aquel país, y él lo mandó a sus campos a apacentar cerdos. <sup>16</sup>Y deseaba llenarse el estómago de las bellotas que comían los cerdos, pero nadie le daba”.

Después de haber malgastado todo comenzó a experimentar las privaciones: el hambre, la penuria. Se encuentra trabajando con los cerdos. Para los hebreos los puercos eran considerados animales impuros, y cuidarlos o nutrirlos era por consiguiente una ocupación impura: “Y el cerdo será inmundo para ustedes. No comerán de su carne ni tocarán sus cadáveres” (Dt 14, 8).

Existe en estos versículos una delicadeza del texto que nosotros los adultos, con mucha probabilidad, no entendemos. Hemos escuchado este versículo extraño en el cual se dice: “Y deseaba llenarse el estómago de las bellotas que comían los cerdos, pero nadie le daba”. Las bellotas las comían en ocasiones los más pobres de Palestina y de Siria, pero generalmente servían para engordar a los cerdos. Los adultos como no ponemos mucha atención en esta frase, la dejamos pasar.

“Un día -cuenta Enzo Bianchi- un exégeta italiano, un niño me dijo cuando les explicaba esta parábola: ¿pero si se las comían los puercos, no podía comérselas también él? Esto me hizo pensar y me llevo a la siguiente consideración: este hijo menor no podía quitarse el hambre de la misma manera en la cual lo hacen los cerdos. Para nosotros los hombres no nos es suficiente sólo comer como las bestias, ante todo, para crecer tenemos necesidad de que alguien nos de ese alimento, no basta el simple alimento”.

Pues bien, este muchacho siente la necesidad de la comunidad, de alguien que gratuitamente lo ame. Jesús en esta parábola nos trasmite la situación cruda del hijo menor: sin dinero, cuidando cerdos y en la soledad más profunda. Y Jesús al decir esta parábola, como semita que era, sabía que la cosa más simple, más elemental para decirle a una persona *te quiero* es hacerle de comer, invitarlo a comer. En medio oriente no se te invita a comer a la primera, se ocupa tiempo para hacerlo, se ocupa que nazca el afecto. Este hijo menor no tenía a nadie, por eso deseaba no sólo comer el alimento de los cerdos sino que alguien se lo diera. Necesitaba alguien a su lado.

<sup>17</sup>Entonces, volviendo en sí, decía: “¡Cuántos de los trabajadores de mi padre tienen pan de sobra, pero yo aquí perezco de hambre!”.

Este hijo, encontrándose en esa situación, comenzó a pensar. El texto griego dice: *εἰς ἑαυτὸν δὲ ἔλθων*, “pero entrando dentro de sí mismo”, es decir, comenzó a pensar en sí mismo. Cuando se habla de explícita conversión, en el NT encontramos el verbo *μετανοέω* o el sustantivo *μετάνοια*. Aquí estos dos vocablos no aparecen. No hay que darle a esta frase ningún valor de conversión, por desgracia esta parábola viene explicada en esta perspectiva. Quien la presenta de esta manera no ha leído

a los padres de la Iglesia ni es fiel al texto. El estar mal produce interrogantes. El hijo menor en aquella situación inicia un proceso en el cual trata de reconocer su falla, su caída, el error cometido. No llegamos a entender que lo que hacemos está mal hasta que eso que hemos hecho nos hace daño. Se necesita tiempo para entender esto. Normalmente nuestros pecados son el fruto de la seducción, nos gustan, son bellos, placenteros, los amamos, quisiéramos hacerlos todavía. Sólo con el tiempo, cuando descubrimos que son un mal hecho a nosotros mismos, comenzamos a arrepentirnos. El hijo menor comienza a pensar, y la primera cosa que le viene en mente es lo contrario de la situación en la que se encuentra. Piensa en el bienestar y dice: “¡cuántos de los trabajadores de mi padre tienen pan de sobra, pero yo aquí perezco de hambre!”. Este joven no está aún arrepentido, piensa sólo en estar bien, es lo único que le interesa. Y se pone en camino.

“<sup>18</sup>Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: ‘Padre, he pecado contra el cielo y ante ti; <sup>19</sup>ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; hazme como uno de tus trabajadores’”.

Atención a estas palabras: “hazme como uno de tus trabajadores”. Este hijo quiere regresar a casa para seguir llevando la vida que llevaba antes, y solicita al padre su perdón a cambio de permitirle vivir con él como un trabajador más. La verdadera conversión no tiene nada que ver con la justicia distributiva, todo, absolutamente todo, es gratuidad.

“<sup>20</sup>Y levantándose, fue a su padre. Y cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y sintió compasión por él, y corrió, se echó sobre su cuello y lo besó. <sup>21</sup>Y el hijo le dijo: Padre, he pecado contra el cielo y ante ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo”.

La parábola dice que estando aun lejos, el padre lo vio y se conmovió. El verbo *ἐσπλαγγίσθη* deriva de *σπλάγγιον* *los órganos internos, las entrañas, las vísceras*, por consiguiente, *el anhelo entrañable, la misericordia*. Pues bien, el Padre al ver a su hijo a lo lejos se estremeció en las vísceras. ¡Qué imagen tan plástica! Corre a su encuentro, se le arroja al cuello y lo cubre de besos. El evangelio precisa que el hijo está

aún lejos cuando el padre se conmueve. El hijo se encuentra aun lejano del corazón del padre, lejano de pensar, de conocer la verdadera paternidad. Quiere actuar según la lógica del esclavo, dictando al padre las condiciones. Este hijo, a un cierto punto, no logra decir nada, el padre corre a su encuentro, lo abraza, lo besa. Este hijo comienza a entender que el padre no sólo siempre lo ha esperado, sino que el padre lo amaba aun cuando se encontraba en la maldad. He aquí la revelación cristiana de la paternidad de Dios. Dios nos ama aún cuando somos malos. Este es el culmen de la revelación: Dios nos ama siempre.

Una cosa interesante que notamos: no le pide explicaciones. En realidad es un comportamiento inusual. En toda familia, ante tal situación, los padres habrían pedido al menos una explicación al hijo: ¿qué dices al no saber de ti en este tiempo? ¿No podías al menos escribirnos una carta, darnos al menos una noticia de cómo te encontrabas? El padre en cambio no hace eso. ¡No! Al contrario, corre a su encuentro y lo cubre de besos. Yo no tengo palabras ante este comportamiento que nos dice este texto, dejo al apóstol Pablo que nos lo diga: “Dios demuestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Rm 5, 8). Mientras éramos enemigos, Dios nos ha reconciliado con Él. Simultáneamente en nuestra condición de pecado, al mismo tiempo, nos amaba.

Creo que el Hijo empieza a convertirse en ese momento: el padre lo ha amado mientras él era malvado, la casa del padre siempre estaba abierta esperando su regreso. El abrazo sucedió antes de que el hijo menor hablara. Este exceso de amor empieza a convertir a este hijo menor. Exclama san Basilio: “el hijo, viendo que el padre lo había amado mientras él era malo, deja caer todos sus cálculos y se convierte”; es decir, el hijo deja caer aquella imagen fantasma del padre y descubre la verdad, la realidad del padre, la paternidad auténtica.

En ese abrazo prolongado e interminable el hijo hace su confesión: “Padre, he pecado contra el cielo y ante ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo”. Si notamos, este hijo no le dice más: “hazme como uno de tus trabajadores”. Esta frase ya no la encontramos en el encuentro del padre y del hijo. El padre no le ha recriminado su pasado. El hijo se estremece ante este abrazo de ternura y de misericordia, y ya no le dice

las palabras que había preparado en tono de un imperativo: “hazme como uno de tus trabajadores”. Estas palabras ya no aparecen.

Además, en el AT se ha dicho que nosotros no nos convertimos por nuestra cuenta, es Dios quien nos convierte. ¿Recuerdan la oración de Jeremías? “Conviérteme Señor y yo me convertiré”; o refiriéndose a todo Israel dice: “Haznos regresar a ti Señor, y nosotros regresaremos”. El padre con ese amor ha empezado la conversión del hijo. Es importante pues entender que Dios nos ama aun cuando somos malvados.

“<sup>22</sup>Pero el padre dijo a sus siervos: Pronto; traigan la mejor ropa y vístanlo, y pongan un anillo en su mano y sandalias en los pies; <sup>23</sup>y traigan el becerro engordado, mátenlo, y comamos y regocijémonos; <sup>24</sup>porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado. Y comenzaron a regocijarse”.

El padre realiza una fiesta por el regreso del hijo: la casa paterna se convierte en lugar de perdón y de fiesta. Como notamos, el hijo pretendía decirle que lo hiciese como uno de sus trabajadores. Pues bien, sabemos que los trabajadores no poseen vestidos elegantes y bellos. ¿Cuál es la primera cosa que dice el padre? “traigan la mejor ropa y vístanlo”. El vestido dado es aquel de un hijo, no el de un trabajador. Las palabras que son traducidas como “la mejor ropa”, “la túnica más bella”, no son exactas, precisas. Lo ideal sería que fuesen más cercanas al texto griego para entender la profundidad, pues se habla de: *στολήν τὴν πρώτην*, es decir, su “*primera o antigua vestidura*”. El sentido de estas palabras sería que su reciente pasado de perdición ha sido olvidado, y le son reconfirmados sus antiguos privilegios de hijo. Este detalle viene confirmado por el anillo y las sandalias. Un trabajador no llevaba en sus manos un anillo, en cambio el padre dice: “pongan un anillo en su mano”. El anillo llevaba un sello personal, el cual es signo de autoridad (cf. 1Mac 6, 14). Los siervos andaban descalzos, pues bien al hijo ordena ponerle las sandalias en los pies. Llevar las sandalias puestas era un privilegio de los hombres libres; llevarlas en casa era reservado al dueño de la casa, no a los huéspedes. Los esclavos caminaban descalzos.

El becerro engordado se reserva sólo para una ocasión especial, pues bien, ésta lo es. La parábola podía haber terminado aquí. Y habría

sido una parábola que terminaba bien. En este momento podríamos decir que ya es una parábola concluida como las precedentes: la de la oveja perdida y la moneda extraviada. Como ven, Jesús es también un creador de parábolas a nivel literario, no era solamente uno que conocía la Palabra de Dios, era uno que sabía crear los modos para expresarla; hace que continúe esta parábola.

## 2.2 *La escena del hijo mayor (vv. 25-32)*

“<sup>25</sup>Y su hijo mayor estaba en el campo, y cuando vino y se acercó a la casa, oyó música y danzas. <sup>26</sup>Y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. <sup>27</sup>Y él le dijo: “Tu hermano ha venido, y tu padre ha matado el becerro engordado porque lo ha recibido sano y salvo”. <sup>28</sup>Entonces él se enojó y no quería entrar. Salió su padre y le rogaba que entrara. <sup>29</sup>Pero respondiendo él, le dijo al padre: “Mira, por tantos años te he servido y nunca he desobedecido ninguna orden tuya, y nunca me has dado un cabrito para regocijarme con mis amigos; <sup>30</sup>pero cuando vino este hijo tuyo, que ha consumido tus bienes con ramerías, mataste para él el becerro engordado”.

<sup>31</sup>Y él le dijo: “Hijo, tú siempre has estado conmigo, y todo lo mío es tuyo. <sup>32</sup>Pero era necesario hacer fiesta y regocijarnos, porque éste, tu hermano, estaba muerto y ha vuelto a la vida; perdido y ha sido hallado”.

Como la parábola continua, entra en escena el hijo mayor. Este hijo siempre ha permanecido en casa, ha servido al padre por muchos años. Al regresar del campo y escuchar la fiesta, las danzas, por el hermano que regresa, se encoleriza: ¿cómo es posible? ¿Mi hermano se ha ido, ha malgastado el patrimonio familiar, no nos ha informado dónde estaba, yo en cambio he trabajado, he obedecido, he llevado adelante todo y ahora éste arriba y se le festeja? Como ven, esta alegría no le pertenece y no quiere entrar.

La parábola continúa diciendo que el padre de nuevo sale. Había salido para recibir al hijo menor, de nuevo sale para hablar con el hijo mayor. Si ponemos atención a los detalles, no lo manda llamar: “díganle que entre y participe en la fiesta”. ¡No! Sale, sale otra vez para encontrar al otro hijo y atención: *παρεκάλει αὐτόν* “le rogaba insistentemente”. El

verbo se encuentra al imperfecto, lo cual nos indica que se trata de una acción continua, durativa. Significa que el padre duró mucho tiempo insistiéndole que entrase. El verbo παρακαλέω Lucas lo usa siempre cuando se refiere a la oración hecha a Dios con insistencia. Podemos con probabilidad deducir, pues la parábola no nos lo dice, que el padre no pudo convencer al hijo de entrar, pues el *pedir con certeza de ser escuchado* se expresa mediante el aoristo, en cambio el *pedir sin certeza de ser escuchado* con el imperfecto, como en este caso, pues el verbo se encuentra al imperfecto como señalábamos.

El padre le ruega al hijo, pero éste le recrimina y se enorgullece de su fidelidad: “mira, por tantos años te he servido y nunca he desobedecido ninguna orden tuya”. ¿Qué cosa nos está diciendo Jesús al poner en labios del hijo mayor estas palabras? Que este hijo que siempre ha vivido en casa, ha vivido como un asalariado, como un trabajador. En este modo de ser consistía su relación con su padre. Un padre-patrón. Aun no conocía el rostro del verdadero padre. Está lleno este hijo de resentimiento: “nunca me has dado un cabrito para regocijarme con mis amigos”. En el evangelio de san Juan, Jesús dice: “el esclavo no permanece siempre en la casa, mientras que el hijo sí” (Jn 8, 35). Es decir, quien se siente esclavo, quien hace las cosas sin libertad y sin amor, está en casa, pero está en casa como un trabajador, no como un hijo. No se siente en su casa, se siente en una prisión, sin libertad y amor. La parábola nos revela que este hijo en realidad jamás había estado en casa paterna, no había nunca conocido al padre, estaba viviendo como esclavo.

El padre le dice: τέκνον, “hijo, tú siempre has estado conmigo”. La palabra griega τέκνον literalmente significa: *niño, pequeño*. La traducción correcta de esta frase es: “mi niño, mi pequeño, tú siempre has estado conmigo”. Como ven, poseen un tono muy tierno estas palabras, como lo es el gesto de salir fuera a rogarle que entrara. El padre también manifiesta su bondad hacia el hijo mayor.

Notemos las palabras de este hijo: “cuando vino este hijo tuyo, que ha consumido tus bienes con ramerías, mataste para él el becerro engordado”. Él llama a su hermano: ὁ υἱός σου οὗτος “este hijo tuyo”, con desprecio, no lo llama “mi hermano”. En cambio el padre en su respuesta le recuerda la relación de hermandad que existe entre él y su her-

mano: *ὁ ἀδελφός σου οὗτος*. Y “*este hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida; perdido y ha sido hallado*”.

Y la parábola termina aquí. Más bien no termina. Nos deja verdaderamente en una situación de grande incertidumbre. ¿EL hijo menor regreso por el hambre, pero ante el abrazo de su padre descubrió la verdadera paternidad, continuó con su proceso de conversión? No lo sabemos. ¿El hijo mayor finalmente se convenció y entró a la fiesta? No lo sabemos, la parábola no nos lo dice. Cuando Jesús pronunció esta parábola, la dijo propiamente por los escribas y fariseos que murmuraban, los cuales eran este hijo mayor que nunca abandonó la casa y se enorgullecía de su conducta, mientras que en realidad no conocía el verdadero rostro del padre, al igual que los pecadores que estaban afuera, como el hijo menor.

Pero si Lucas la ha puesto en el evangelio, lo ha hecho para la Iglesia, para nosotros. Nosotros tenemos que tener la valentía al preguntarnos ¿soy el hijo que se ha perdido y ha regresado? Si es así ¿en qué punto me encuentro? Si nunca nos hemos alejado y siempre he permanecido junto al Señor, la pregunta es la siguiente: ¿eres como el segundo hijo, que siempre ha estado en casa, pero sirve al Señor no por amor, sino para recibir la paga, la recompensa como un trabajador? Si es así, somos también como aquel que abandonó la casa paterna.

Consideren que de esta parábola no se huye. Quizá lo más seguro es que cada uno de nosotros, en la vida, oscilamos entre el comportamiento del hijo menor que se rebela al padre, y algunas veces estamos en casa como el hijo mayor, como un simple trabajador. Hoy Jesús nos interpela a través de su palabra. En mi interior, en mi inconsciente ¿tengo una imagen de un Dios padre justo, pero de una justicia retributiva? ¿O la imagen de un Padre que ama, de ternura infinita, de misericordia indecible, sin condiciones, que perdona siempre? Esta parábola nos pide responder a la cuestión: ¿qué rostro de Dios tenemos? Esa respuesta no se da en palabras, mis acciones reflejan y me dicen que concepción tengo de Dios. Pensemos cómo es nuestro trato con los demás.

Un grande santo, canonizado por la iglesia ortodoxa, Silvano del Monte Athos, pues ahí vivió este monje ruso, en una carta a un joven ruso que le decía que a causa de su vida disoluta y malvada pensaba de ir

al infierno. Silvano le escribe: “Amigo, yo soy un monje y tú estás en la cárcel por la vida que has llevado. La diferencia entre tú y yo, es que tú eres un publicano, con pecados públicos, yo soy un monje con pecados escondidos. Pero delante de Dios somos todos pecadores de la misma manera. Sólo Dios juzgará quién de nosotros es digno de su misericordia. Yo te digo sólo que si un día te diriges al infierno, encontrarás en el camino el corazón de Cristo con los brazos abiertos, pronto a llevarte al Padre. Bastará que tu aceptes su rostro de amor y de misericordia”.

Decíamos que esta parábola está abierta, inconclusa, es decir, existen preguntas de las cuales no tenemos la respuesta: ¿Quién sabe si el hermano mayor al final se convenció y entró a la fiesta y se reconcilió con su hermano menor? No lo sabemos, Lucas no nos lo dice. Pero sí sabemos que el Padre lo ha dejado libre para elegir, como ha dejado libre al hijo menor para ir de casa. Eso sí lo sabemos. Dios es así, sugiere, está presente en nuestra vida, pero al final somos nosotros que tenemos que elegir. Dios nos deja libres. Dios acepta con mucho sufrimiento que podamos hacernos daño, que nos perdamos pues ha puesto en nuestras manos la libertad.

Yo no sé si el hijo menor, después de haber vivido su experiencia de perdición despilfarrando el dinero con mujeres, en un país lejano, después de haber reflexionado dentro de sí, regresa por amor al Padre o por el hambre. Sabemos que el texto en griego no se habla de conversión.

Sí sabemos, en cambio, que Dios escudriña el horizonte, esperando día con día que su hijo regrese. Un Dios que al ver su hijo de regreso, no lo condena, no le pide cuentas, no lo juzga. Él solamente abre sus brazos, lo cubre de besos y hace una fiesta. Eso sí lo sabemos. Él se encarga de recordarnos que somos sus hijos, poniéndonos el anillo en el dedo, las sandalias en los pies y la túnica nueva diciéndonos: “tú eres mi hijo”. Tapando nuestra boca porque no quiere escuchar explicaciones o justificaciones, no le importa. A Él sólo le interesa que estemos ahí, delante de Él, deseosos de su amor y de perdón.